

➤ *5º Domingo de Cuaresma, Año A (2011). Los cristianos hemos de comportarnos de acuerdo con el don de la vida nueva en el Espíritu que hemos recibido en el bautismo. El don se convierte en norma; el Espíritu Santo, vida nueva, se convierte en la nueva ley del cristiano. La vida según el Espíritu y según la carne. El uso cotidiano y el uso bíblico de los términos “carne” y Espíritu.*

❖ Cfr. 5º domingo de Cuaresma - Ciclo A 10 abril 2011
Ezequiel 37, 12-14; Romanos 8, 8-11; Juan 11, 1-45

❖ **Romanos 8, 8-11:** 9 Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. 9 Ahora bien **vosotros no vivís según la carne, sino según el espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros.** Si alguien no tiene el Espíritu de Cristo ese no es de él. 10 **Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el Espíritu tiene vida a causa de la justicia.** 11 Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el mismo que resucitó de entre los muertos a Cristo dará vida **también a vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en vosotros.**

1. La vida según el Espíritu y según la carne en la segunda Lectura: Rm 8, 8-11

❖ A. Vida según el Espíritu y según la carne

○ **Dos maneras en las que puede vivir el hombre en este mundo tras el pecado original.**

▪ **Las dos maneras**

• Nuevo Testamento, Eunsa, 1999, Rm 8, 1-13: **“El Apóstol especifica dos maneras en las que puede vivir el hombre en este mundo tras el pecado original.** La primera es la vida según el Espíritu, según la cual busca a Dios por encima de todas las cosas y lucha, con su gracia, contra las inclinaciones de la propia concupiscencia; la segunda es la vida según la carne, por la que el hombre se deja vencer y guiar por las pasiones desordenadas de la carne”

▪ **La vida conforme a la imagen de Cristo**

• Nuevo Testamento, Eunsa 1999, 8,14-30: “La vida del cristiano es una participación en la vida de Cristo, Hijo de Dios por naturaleza. Al ser, por adopción, verdaderamente hijo de Dios, el cristiano tiene - por decirlo así - un derecho a participar también en su herencia: la vida gloriosa en el Cielo (vv. 14-18). Esta vida divina, iniciada en el Bautismo por regeneración del Espíritu Santo, se desarrolla y crece bajo la dirección de este Espíritu, que hace al bautizado cada vez más conforme a la imagen de Cristo (vv. 14.26-27). Así, la filiación adoptiva del cristiano es ya ahora una realidad - posee ya las primicias del Espíritu (v. 23) -; pero sólo al final de los tiempos, con la resurrección gloriosa del cuerpo, la redención llegará a su plenitud (vv. 23-25)”.

▪ **Por “carne” san Pablo entiende los vicios y el pecado. La vida según el Espíritu: no se trata de salir de la condición mortal sino de vivir en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí.**

• **San Pablo señala con fuerza que la vida según el Espíritu que inhabita en los cristianos es la verdadera y única vida,** contrapuesta a la vida según la carne, que es una vida sólo aparente, o que, más bien, es muerte. Con la palabra «carne» no habla de cuerpos mortales, sino de los vicios y del pecado, que alejan de Dios única fuente de la vida. “Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (v. 8). “Ahora bien, vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros” (v. 9). (cfr. 1 Co 3,16; 1 Jn 3,24). En otra carta, San Pablo afirma que **no se trata de salir de la condición mortal sino de vivir en la fe:** “Vivo, pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Y la vida que vivo ahora en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gal 2,20).

- ❖ Hay una tensión entre la vida según la carne y la vida según el Espíritu como explica el Catecismo de la Iglesia Católica: se trata de una lucha que pertenece a la herencia del pecado.

- **El alcance de esa tensión**

- n. 2516: En el hombre, porque es un ser compuesto de espíritu y cuerpo, existe cierta tensión, y se desarrolla una lucha de tendencias entre el «espíritu» y la «carne». Pero, en realidad, esta lucha pertenece a la herencia del pecado. Es una consecuencia de él, y, al mismo tiempo, confirma su existencia. Forma parte de la experiencia cotidiana del combate espiritual:

Para el apóstol no se trata de discriminar o condenar el cuerpo, que con el alma espiritual constituye la naturaleza del hombre y su subjetividad personal, sino que trata de las obras -mejor dicho, de las disposiciones estables-, virtudes y vicios moralmente buenas o malas, que son fruto de sumisión (en el primer caso) o bien de resistencia (en el segundo caso) a la acción salvífica del Espíritu Santo. Por ello el apóstol escribe: «si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu» (Gálatas 5, 25) (Juan Pablo II, *Dominum et Vivificantem*, 55).

- **Los cristianos están en la carne, pero no viven según la carne.**

- n. 2796: Cuando la Iglesia ora diciendo «Padre nuestro que estás en el cielo», profesa que somos el Pueblo de Dios «sentado en el cielo, en Cristo Jesús» (Efesios 2, 6), «ocultos con Cristo en Dios» (Colosenses 3, 3), y, al mismo tiempo, «gemimos en este estado, deseando ardientemente ser revestidos de nuestra habitación celestial» (2 Corintios 5, 2) (Cf Filipenses 3, 20; Hebreos 13, 14):

Los cristianos están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan su vida en la tierra, pero son ciudadanos del cielo (Epístola a Diogneto 5, 8-9).

3. La vida sobrenatural de los hijos de Dios. ¿De qué vida se trata?: de la vida según el Espíritu, no según la carne, es decir, según la precariedad o debilidad de la condición humana.

- ❖ Estar o vivir en el Espíritu, equivale en la práctica a estar o vivir «en Cristo». Carne y Espíritu: dos modos de nacer, de vivir y de morir
Raniero Cantalamessa, *El misterio de Pentecostés*, Edicep 1998, pp. 85-92:

- **Un primer esbozo de antropología teológica**

- **Hemos de comportarnos de manera coherente con lo que hemos llegado a ser. El don se convierte en norma.**

“El apóstol Pablo, en sus cartas, nunca expone el misterio cristiano, sin que el anuncio vaya seguido de la exhortación práctica, y el kerygma de la parénesis. En el caso del Espíritu santo, el paso del kerygma a la parénesis y del don al deber, es admirablemente resumido por el Apóstol con estas palabras: *Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu* (Ga 5, 25). El primer verbo está en indicativo e indica lo que Dios ha «hecho» por nosotros, esto es, indica el don de la vida nueva en el Espíritu, o también el «estado» en que nos encontramos gracias al bautismo. El segundo verbo es un subjuntivo exhortativo e indica «lo que hay que hacer» por parte nuestra; con él se nos exhorta a comportarnos de manera coherente con lo que hemos llegado a ser. Es como si el Apóstol se dirigiera al cristiano, diciéndole: «sé aquello en lo que te has convertido». El don se convierte en norma. El Espíritu Santo, vida nueva, se convierte también en la nueva ley del cristiano.

San Pablo se sirve de la oposición carne-Espíritu para delinear una visión completa de la vida cristiana, esto es, para trazar un primer esbozo de antropología teológica. En particular, dicha oposición sirve para explicar los tres hechos fundamentales de la existencia: el nacimiento, la vida, la muerte. En otras palabras, hay dos modos de nacer, según la palabra de Dios: de la carne y del Espíritu; dos modos de vivir: según la carne y según el Espíritu; y dos resultados finales: la muerte o la vida eterna: *Pues las tendencias de la carne -dice- son muerte; mas las del Espíritu, vida y paz* (Rm 8, 6).

- **Clarificación del significado de los dos términos carne y Espíritu. Uso cotidiano y uso bíblico. (pp. 86-88)**

- **En la Biblia carne indica tanto el cuerpo como el alma, esto es, la inteligencia y la voluntad del hombre en cuanto realidades puramente naturales, marcadas, además, por la experiencia del pecado que los**

hace proclives al mal. En otras palabras, carne indica a todo el hombre en su precariedad, tanto física como moral, en cuanto infinitamente distante de Dios que es Espíritu.

- **Espíritu indica la realidad divina, la gracia y todo aquello que el hombre es y hace cuando está movido por este principio nuevo y superior. En la contraposición carne-Espíritu, Espíritu indica siempre, directa o indirectamente, al Espíritu Santo, y por ello debería escribirse con letra mayúscula.**

Tratemos de clarificar, ante todo, el significado de los dos términos carne y Espíritu, En el uso cotidiano «carne» indica el componente corporal del hombre, con una referencia concreta a la esfera sexual; mientras que «espíritu» indica la razón, o el alma, esto es, el componente espiritual del hombre. En este sentido se habla, por ejemplo, de los placeres o pecados de la carne, o también de cultivar el propio espíritu. Este uso ha ensombrecido a menudo el genuino significado bíblico de los dos términos. En la Biblia, la oposición carne-espíritu, aun incluyendo este primer significado, no queda limitado a él, sino que es mucho más radical. Carne indica tanto el cuerpo como el alma, esto es, la inteligencia y la voluntad del hombre en cuanto realidades puramente naturales, marcadas, además, por la experiencia del pecado que los hace proclives al mal. En otras palabras, carne indica a todo el hombre en su precariedad, tanto física como moral, en cuanto infinitamente distante de Dios que es Espíritu (cfr. Jn 4,24). Para utilizar una expresión moderna, carne indica la «condición humana». Decir que el Verbo se ha hecho carne (Jn 1,14), significa decir que se ha hecho hombre, que ha asumido la condición humana. ¿Y qué indica, entonces, la palabra Espíritu? Indica la realidad divina, la gracia y todo aquello que el hombre es y hace cuando está movido por este principio nuevo y superior. En la contraposición carne-Espíritu, Espíritu indica siempre, directa o indirectamente, al Espíritu Santo, y por ello debería escribirse con letra mayúscula.

- **El acto que normalmente es considerado como el más «carnal» de todos, puede ser, en la visión bíblica, un acto psíquicamente espiritual, un gesto según el Espíritu, si se realiza en el seno del matrimonio, con amor y en el respeto a la voluntad del Creador. Por el contrario, el acto que se considera como el más espiritual de todos – el filosofar -, juzgado con el patrón de la Biblia, es una obra de la carne, si uno lo realiza siguiendo una lógica egoísta, para exaltarse a sí mismo o sus propias dotes, o si con él se enseña el error y la mentira.**

Para hacernos una idea de la diversidad de usos – el común y el bíblico -, basta decir que el acto que normalmente es considerado como el más «carnal» de todos, puede ser, en la visión bíblica, un acto psíquicamente espiritual, un gesto según el Espíritu, si se realiza en el seno del matrimonio, con amor y en el respeto a la voluntad del Creador. Por el contrario, el acto que se considera como el más espiritual de todos – el filosofar -, juzgado con el patrón de la Biblia, es una obra de la carne, si uno lo realiza siguiendo una lógica egoísta, para exaltarse a sí mismo o sus propias dotes, o si con él se enseña el error y la mentira. San Pablo denomina a todo esto, en efecto, «sabiduría de la carne» (Rm 8,7). Por otra lado, sabemos que lo que se entiende normalmente con la palabra «espíritu», cuando se habla del «espíritu de los tiempos», o del «espíritu del mundo», es exactamente eso que la Biblia llamaría «carne».

En la oposición carne-Espíritu de la Biblia no está, pues, en juego tan sólo la oposición entre instintos y razón, o entre cuerpo y alma, sino también aquella otra más radical entre naturaleza y gracia, entre lo humano y lo divino, entre lo terreno y lo eterno, entre el egoísmo y el amor. Carne y Espíritu indican dos mundos y dos esferas distintas de acción. Aclarado este significado diverso de los términos, podemos ahora ilustrar la afirmación hecha más arriba de que según la Biblia existen dos modos de nacer: de la carne o del Espíritu; dos modos de vivir: según la carne o según el Espíritu; dos modos de concluir la vida: con la muerte o con la vida eterna.

- **Dos modos de nacer (pp. 88-90)**
Nacimiento de la carne, de sangre, de deseo de hombre, de germen corruptible

Dos modos de nacer. La Biblia designa de distintos modos el nacimiento natural del padre o de la madre. Lo llama nacimiento «de la carne» (Jn 3, 6), «de sangre, de voluntad de la carne o de deseo del hombre» (Jn I, 13), «de germen corruptible» (I P 1,23). Es necesario prestar atención para no ver en ello ningún juicio negativo, o de condenación del acto de engendrar o del nacimiento humano en sí mismo. La Biblia no ignora que, a fin de cuentas, también el nacimiento natural viene de Dios que creó al hombre, macho y hembra, precisamente para que fueran fecundos y llenaran la tierra. Venir al mundo es un don, no una condena, como pensaban en la antigüedad platónicos y gnósticos. Si hay un matiz negativo en aquellas expresiones, no se debe tanto a lo que el nacimiento humano es en

sí mismo, cuanto a lo que no es; se debe no tanto a lo que posee cuanto a lo que le falta todavía. La mejor confirmación de ello es que también de Jesús se dice que nació «del linaje de David, según la carne» (Rm 1,3). Ni siquiera la fe en el pecado original anula este valor fundamentalmente positivo de la vida humana y, por tanto, del nacimiento natural. Por otra parte, en las fuentes bíblicas, el pecado original nunca está tan estrechamente ligado al modo de transmisión de la vida por generación sexual, como lo estará más tarde, a partir de san Agustín.

Nacimiento según el Espíritu. (pp. 89-90)

Y vayamos al *nacimiento según el Espíritu*. También el nacimiento del Espíritu es designado con expresiones distintas: «de Dios» (Jn 1, 13), «de lo alto» (Jn 3,3,d «de un germen incorruptible, por medio de la palabra de Dios» (1 P 1,23). Este nacimiento, o renacimiento, tiene lugar por iniciativa y voluntad de Dios Padre, que lo obra mediante el Espíritu. La vida que se da como resultado de este nuevo nacimiento es vida «en Cristo», o vida «en el Espíritu». El «germen» con el que se transmite dicha nueva vida es la palabra de Dios, acogida mediante la fe. El nuevo nacimiento está siempre vinculado a la fe: «Todo el que cree que Jesús es el Cristo, ha nacido de Dios» (1 Jn 5,1). Esto mismo se dice, también, de otro modo: no somos nosotros los que en realidad nacemos de nuevo, sino que es Cristo quien es concebido y nace en nosotros «por obra del Espíritu Santo». Pero, en realidad, es lo mismo, visto desde un ángulo distinto. Todo ello se realiza concretamente en el bautismo, por eso el nuevo nacimiento es denominado «de agua y de Espíritu» (Jn 3,5). Quien pasa a través de esta experiencia, llamada de iniciación, es llamado «nueva criatura» y, del mismo modo en que por el nacimiento natural somos hijos de hombre, hijos de un padre y de una madre, así también, con este renacimiento, llegamos a ser hijos de Dios (Rm 8,14; 1 Jn 3,1).

▪ Dos modos de vivir (pp. 90-91)

Dos modos de vivir. En continuidad con estos dos tipos de nacimiento – de la carne o del Espíritu –, la Biblia habla también de dos formas o estilos distintos de vida, que define, respectivamente, vida según la carne y vida según el Espíritu. San Pablo nos ofrece una descripción con el estilo de las «vidas paralelas»: *Los que viven según la carne, desean lo carnal; mas los que viven según el espíritu, lo espiritual. Pues las tendencias de la carne son muerte; mas las tendencias del espíritu, vida y paz, ya que las tendencias de la carne llevan al odio a Dios: no se someten a la ley de Dios, ni siquiera pueden; así, los que están en la carne, no pueden agradar a Dios* (Rm 8, 5-8).

Vivir según la carne.

Vivir según la carne significa vivir a un nivel natural, sin la fe. Viven según la carne aquellos que viven según la naturaleza, pero no la naturaleza originaria, creada buena y gobernada por Dios que todavía hace oír su voz, por debilitada que esté, a través de la conciencia; sino la naturaleza corrompida por el pecado, que se expresa a través de las distintas concupiscencias y, sobre todo, mediante el egoísmo. Las manifestaciones típicas de una vida planteada de este modo, son las así llamadas «obras de la carne»: «fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes» (Ga 5,19).

Vivir según el Espíritu

Vivir según el Espíritu significa, por el contrario, pensar, querer y obrar, movidos interiormente por ese principio de vida nueva que en el bautismo es introducido en nosotros, que es el Espíritu de Jesús. Vivir según el Espíritu equivale por ello a imitar a Cristo. Las manifestaciones propias de esta vida nueva son los así llamados «frutos del Espíritu»: «amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí» (Ga 5, 22).

▪ Dos modos de morir (pp. 91-92)

Morir según la carne

Dos modos de morir. Y llegamos, finalmente, a los dos resultados a los que dan lugar respectivamente el vivir según la carne o el vivir según el Espíritu: la muerte o la vida: *Si vivís según la carne, moriréis. Pero si con el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis* (Rm 8,13). Si uno vive según la carne, esto es, en una perspectiva puramente natural y terrena – ya que la «carne» es, por definición, lo percedero, lo corruptible, aquello que tiene un comienzo, un desarrollo y un final –, el horizonte último de una vida así no puede ser más que la muerte. *Toda carne – dice la Biblia – es hierba y todo su esplendor como flor del campo. La flor se marchita* (Is 40, 6-8). Desde este punto de vista, tiene mucha razón aquel filósofo que definió al hombre como un «ser – para – la – muerte»; alguien que acaba de nacer y que ya empieza a morir (M. Heidegger, *El ser y el Tiempo*, 51. Fondo Cultura Económica, México 1974, 275-278). No se va más allá de este horizonte: el hombre nace y vive para morir.

Morir según el Espíritu

Pero si uno vive según el Espíritu – dado que el Espíritu es, por definición, lo que no se corrompe, lo eterno – el horizonte, en este caso, no se cierra con la muerte. La vida nueva del Espíritu tiene un comienzo, pero no tiene un final: *El que siembra en su carne, de la carne cosechará corrupción; el que siembra en el Espíritu, del Espíritu cosechará la vida eterna* (Ga 6,8). Visto desde una perspectiva «espiritual», el hombre ya no aparece como un ser –

para – la – muerte, sino más bien como un ser – para – la – eternidad. Ni siquiera la carne, ciertamente, acabará para siempre en la corrupción, en virtud de la resurrección de los muertos. Pero esto – es decir, devolverle la vida también a nuestro cuerpo, al final de los tiempos – será, precisamente, la última gran obra del Espíritu: *Si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros* (Rm 8,11).

4. La «carne» designa el hombre en su condición de debilidad y de mortalidad, lo que hay de perecedera debilidad en la condición humana.

(Cf. *El Espíritu del Señor*, Bac Madrid 1997, cap. III, pp. 49-59)

La «carne» designa el hombre en su condición de debilidad y de mortalidad, lo que hay de perecedera debilidad en la condición humana. Cf. Juan 3,6: «lo nacido de la carne, carnes es; y lo nacido del Espíritu, espíritu es». Se ha escrito que la carne es el nombre de la debilidad humana; y caminar/vivir según la carne es caminar/vivir solamente con los propios recursos, sin aceptar el don gratuito de Dios, su gracia, su Espíritu. Vida “carnal” es una vida apoyada en la propia autosuficiencia. Por el contrario, en la vida en el Espíritu, por la inhabitación del Espíritu en el creyente, se da la instauración del señorío del Espíritu de Cristo, según leemos en el evangelio según Juan (17,1-2, oración sacerdotal de Jesús): “Padre ha llegado ya la hora. Glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique; ya que le diste potestad sobre toda carne, que él dé vida eterna a todos los que Tú le has dado”.

- **Cuando en el lenguaje cristiano se habla de la «Vida espiritual» del hombre, no se entiende referirse simplemente a una vida superior, en contraposición a la corporal o biológica, sino, precisamente, a la «Vida en el Espíritu».**

«Moisés - escribe Cirilo de Alejandría (444) – narra que, en la creación, Dios sopló en el rostro del hombre un soplo de vida. Como al principio el hombre había sido creado, así ahora es recreado y, como entonces, así también ahora es rehecho por el Espíritu Santo a semejanza de su Creador» (Comentarios sobre el Exodo, II).

Tanto la Escritura como la Tradición de la Iglesia enseñan que, si el hombre vive, se debe a la acción actual del Espíritu, por lo cual es un ser «espiritual» sólo en el Espíritu de Dios, que representa para el hombre el principio vital. Cuando en el lenguaje cristiano se habla de la «vida espiritual» del hombre, no se entiende referirse simplemente a una vida superior, en contraposición a la corporal o biológica, sino, precisamente, a la «Vida en el Espíritu». Todo el hombre es «espiritual», vive en el Espíritu y por el Espíritu de Dios, como su destino último y su plenitud. «La unión del alma y de la carne, recibiendo el Espíritu de Dios, constituye al hombre espiritual», afirma San Ireneo (*Contra las herejías*, V, 8,2), concepto que se encuentra todavía más explícitamente en la misma obra: «Estos son los hombres que el Apóstol llama espirituales (I Cor 2, 15; 3, 1), siendo espirituales gracias a la participación del Espíritu, no gracias a la privación y eliminación de la carne» (*Contra las herejías*, V, 6,1).

5. La psique que anima el cuerpo humano, es principio natural. El Espíritu Santo es principio sobrenatural. Los dos son principios diferentes de vida: cada uno transmite la vida que posee.

- **Biblia de Jerusalén, 1 Corintios 15,44:** “Para Pablo, como para la tradición bíblica, la *psijê* (hebr. Nefeš: ver Gen 2,7) es el principio vital que anima el cuerpo humano (1 Co 15,45). Es su vida (Rm 16,4; Flp 2,30; 1 Ts 2,8; ver Mt 2,20; Mc 3,4; Lc 12,20; Jn 10,11; Hechos 20,10, etc.), su alma viviente (2 Co 1,23), y puede servir para designar al hombre entero (Rm 2,9; 13,1; 2 Co 12,15; Hch 2, 41.43, etc.). Pero no es más que un principio natural (1 Co 2,14; ver Judas 19), que ha de desaparecer ante el *pneuma* para que el hombre encuentre de nuevo la vida divina. Esta sustitución, que se inicia ya durante la vida mortal por el don del Espíritu (Rm 5,5+; ver 1,9+), consigue la plenitud de su efecto después de la muerte. Mientras que la filosofía griega esperaba una supervivencia inmortal de sólo el alma superior (*nus*), liberada finalmente del cuerpo, el cristianismo sólo concibe la inmortalidad como restauración íntegra del hombre, es decir, como la resurrección del cuerpo por el Espíritu, principio divino que Dios había retirado

del hombre a consecuencia del pecado (Gn 6,3), y que se lo devuelve por la unión con Cristo resucitado (Rm 1,4+; 8,11+), hombre celeste y Espíritu vivificante (1 Co 15, 45-49). De *natural* o *psíquico* el cuerpo se hace entonces *pneumático*, incorruptible, inmortal (1 Co 15, 53), glorioso (1 Co 15,43; ver Rm 8,18; 2 Co 4,17; Flp 3,212; Col 3,4), liberado de las leyes de la materia terrestre (Jn 20, 19.26), y de sus apariencias (Lc 24,16). – En un sentido más amplio, la *psyjê* puede designar, en contraposición al cuerpo, (Mt10,28), la sede de la vida moral y de los sentimientos (Flp 1,27; Ef 6,6; Col 3,23; ver Mt 22,37p; 26,38p; Lc 1, 46; Jn 12,27; Hch 4,32; 14,2; 1 P 2,11, etc.), y aun el alma espiritual e inmortal (Hch 2,27; St 1,21; 5,20; 1 P 1,9; Ap 6,9, etc.; 15,45). Es decir un ser dotado de vida por su *psyjê*, pero de una vida puramente natural, y sometida a las leyes del desgaste y de la corrupción”.

6. Los frutos de la carne y los del Espíritu

- **Gálatas 5, 16-24:** “Andad según el Espíritu y no realicéis los deseos de la carne, pues la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne. Hay entre ellos un antagonismo tal que no hacéis lo que quisiérais. En cambio, si os guía el espíritu, no estáis bajo el dominio de la Ley. Las obras de la carne están patentes: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, enemistades, contiendas, envidias, rencores, rivalidades, partidismo, sectarismo, discordias, borracheras, orgías y cosas por el estilo. Y os prevengo, como ya os previne, que los que así obran no heredarán el Reino de Dios. En cambio, el fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, comprensión, servicialidad, bondad, lealtad, amabilidad, dominio de sí. Contra esto no va la Ley. Y los que son de Cristo Jesús han crucificado su carne con sus pasiones y sus deseos» (Ga 5, 16-24)”.